

— ¿Adónde?

— Á la bóveda.

— ¿Qué bóveda?

— Bajo el altar.

Fauchelevant se mostró sobresaltado.

— ¡La bóveda bajo el altar!

— Bajo el altar.

— Pero...

— Tendrá usted una barra de hierro.

— Sí, pero...

— Levantará usted la losa con la barra, por medio de la argolla.

— Pero...

— Es preciso obedecer á los muertos. Que la entierren en la bóveda bajo el altar de la capilla, que no la lleven a suelo profano, que la dejen muerta en el mismo sitio en que ha orado viva : tales han sido los votos supremos de la madre Crucifixion. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha ordenado.

— ¡Pero si eso está prohibido!

— Prohibido por los hombres, ordenado por Dios.

— ¿Y si llegara á descubrirse?

— Tenemos confianza en usted.

— Oh, yo, soy una piedra de estas paredes.

— El capítulo se ha reunido. Las madres vocales, á quienes acabo de consultar en este momento, y que están en deliberacion, han decidido que la madre Crucifixion sea enterrada, conforme á sus últimas voluntades, en su propio féretro y bajo el altar. ¡Considere usted, tío Fauvent, si va á haber milagros aquí! ¡qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.

— Pero, reverenda madre, y si el agente de la comision de salubridad...

— En materias de sepultura, san Benito II resistió á Constantino Pogonat.

— Sin embargo, el comisario de policia...

— Chonodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias bajo el imperio de Constancio, reconoció expresamente el derecho de los religiosos á ser enterrados en religion ; es decir, bajo el altar.

Pero el inspector de la prefectura...

— El mundo nada significa en presencia de la cruz. Martin, undécimo general de los Cartujos, dió esta divisa á su Orden : *Stat crux dum volvitur orbis*.

— Amen, dijo Fauchelevant, imperturbable en esta manera de salir del apuro cada vez que oia algun latin.

Al que ha estado callado mucho tiempo, cualquier auditorio le es suficiente. El dia en que el retórico Gymnásticas salió de la cárcel, como tuviese dentro del cuerpo una infinidad de dilemas y de silogismos elaborados y recoídos en la prision, se detuvo frente al primer árbol que encontró, la emprendió con él, dirigiéndole una arenga en sentido argumentante, y haciendo los mayores esfuerzos para convencerle. La prisa, contenida habitualmente por la barrera del silencio, y teniendo un depósito en reserva, que rebosaba, se levantó y exclamó con un torrente de locuacidad parecido á la esclusa que acaban de soltar :

— Yo tengo á mi derecha á Benito y á mi izquierda á Bernardo. ¿Quién es Bernardo? el primer abad de Clairvaux. Fontaines, en Borgoña, es un país bendito por haberle visto nacer. Llamábase su padre Tércelin y su madre Alethe. Empezó en Cîteaux para concluir en Clairvaux ; fué ordenado abad por el obispo de Chalons-sur-Saône, Guillermo de Champeaux ; tuvo setecientos novicios y fundó ciento sesenta monasterios ; derrotó á Abelardo en el concilio de Sens, en 1140, y á Pedro de Bruys y á Enrique su discípulo, y á otra especie de extraviados que se daban el nombre de

Apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia, aterró al monje Raoul, el matador de Judíos, dominó en 1148 el concilio de Reims, hizo condenar á Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers, y también á Éon de la Estrella, desvaneció las disidencias que habia entre algunos príncipes cristianos, esclareció la mente y la conciencia del rey Luis el Joven, aconsejó al papa Eugenio III, arregló el Temple, predicó la Cruzada, hizo doscientos cincuenta milagros durante su vida, y hasta treinta y nueve en un solo día. Quién es Benito? el patriarca del Monte-Cassino; el segundo fundador de la Santidad Claustal, el Basilio del Occidente. Su Orden ha producido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y cuenta de existencia mil cuatrocientos años. Por un lado san Bernardo; ¡y por otro el agente de la salubridad! Por un lado san Benito; y por otro el inspector de policía! El Estado, la policía, la compañía de pompas fúnebres, los reglamentos, la administración; ¿por ventura conocemos nosotras esas cosas? ¡Ningun transeunte se indignaría de ver cómo nos tratan! ¡No tenemos siquiera el derecho de dar nuestras cenizas á Jesucristo! Vuestra salubridad es una invencion revolucionaria. Dios subordinado al comisario de policía; tal es el siglo. ¡Silencio, Fauvent!

Bajo el inesperado golpe de tan tremenda rociada, el pobre Fauchelevent se hallaba todo azorado y confuso. La priora continuó:

— El derecho del monasterio á la sepultura no admite la menor duda para nadie. Sólo los fanáticos y los prevaricadores pueden negarle. Vivimos en tiempos de confusión terrible. Se ignora todo lo que se debiera saber, y se sabe todo lo que se debiera ignorar. Hoy no se ve otra cosa que

la más crasa ignorancia con la más inaudita impiedad. Gentes hay en esta época que no se distinguen entre el grandísimo san Bernardo y el Bernardo llamado de los Pobres Católicos, cierto buen eclesiástico que vivía en el siglo trece. Otros blasfeman hasta hacer un paralelo entre el cadalso de Luis XVI y la cruz de Jesucristo. Luis XVI no era más que un rey. ¡Tengamos pues mucha cuenta con Dios! Ya no hay idea de lo justo ni de lo injusto. Se sabe el nombre de Voltaire y se ignora el de César de Bus. Y sin embargo, César de Bus es un bienaventurado y Voltaire es un réprobo. El último arzobispo, el cardenal de Périgord, no sabía siquiera que Carlos de Gondren sucedió á Berulle, y Francisco Bourgoín á Gondren, y Juan Francisco Senault á Bourgoín, y el Padre de Santa-Marta á Juan Francisco Senault. Se conoce el nombre del Padre Cotton, no porque él fué uno de los tres que contribuyeron á la fundacion del Oratorio, sino por haber sido materia de blasfemia para el rey hugonote Enrique IV. Si san Francisco de Sales parece amable á ciertas gentes del siglo, es sólo porque hacía trampas en el juego. ¡Y despues se ataca á la religion! ¿Por qué? porque ha habido malos sacerdotes, porque Sagittaire, obispo de Gap era hermano de Salone, obispo de Embrun, y ambos siguieron á Monmol, ¿y qué importa? Por ventura, ¿impide eso que Martin de Tours haya sido un santo, que dió la mitad de su capa á un pobre? Hoy se persigue á los santos; se cierran los ojos á las verdades. La luz reinante no es otra que las tinieblas. Las fieras más feroces son las fieras que marchan á ciegas. Nadie piensa en el infierno de un modo serio. ¡Oh! pueblo malvado! De orden del Rey, significa de orden de la Revolucion. No se sabe lo que se debe, ni á los vivos, ni á los muertos. Está prohibido el morir santamente. El sepulcro es un negocio civil. Esto horroriza. San Leon II escribió dos cartas expresamente, una á Pedro Notaire y la otra al rey

de los Visigodos, para combatir y rechazar, en las cuestiones que atañen á los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Châlons, hizo rostro firme en esta materia á Othon, duque de Borgoña. La antigua magistratura se hallaba sobre esto en perfecto acuerdo. En otros tiempos, teníamos nosotras voto en capítulo, áun para las cosas del siglo. El abad de Cîteaux, general de la Órden, era consejero nato en el parlamento de Borgoña. Hacemos de nuestros muertos lo que queremos. ¿Es que el cuerpo del mismo san Benito no está en Francia, en la abadía de Fleury, llamada de San-Benito-sur-Loire, bien que él muriese en Italia, en el Monte-Casino, un sábado 21 del mes de Marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Yo aborrezco á los cantores, detesto á los priores, execro á los herejes, pero tendría más horror aún contra quien me sostuviera la contrario. No hay más que leer á Arnoul Wion, á Gabriel Bucelin, á Trithème, á Maurolicus y á don Lucas de Achery.

La priora respiró, y en seguida se volvió hácia Fauchelevent :

— ¿Tio Fauvent, está dicho?

— Está dicho, reverenda madre.

— ¿Podemos contar con usted?

— Obedeceré.

— Está bien.

— Yo estoy enteramente consagrado al convento.

— Es cosa convenida. Cerrará usted la caja. Las hermanas la conducirán á la capilla. Se dirá el oficio de difuntos. Despues se volverá á entrar en el claustro. Entre las once y las doce de la noche, vendrá usted con su barra de hierro. Todo se hará con la mayor reserva. No habrá en la capilla sino las cuatro madres sochantres, la madre Ascension y usted.

— Y la hermana que estará en el poste.

— Esa no volverá la cabeza.

— Pero oirá.

— No escuchará. Ademas lo que el claustro sabe, el mundo lo ignora.

Siguióse á esto aún una pausa. La priora continuó :

— Se quitará usted el cascabel. Es inútil que la hermana del poste se aperciba de que usted está allí.

— ¿Reverenda madre?

— ¿Qué dice usted, tio Fauvent?

— ¿El médico de los muertos ha hecho su visita?

— La hará hoy á las cuatro. Se ha dado el toque de llamada para el médico de difuntos. ¿Pero es que no oye usted ningun toque?

— No pongo atencion sino al de mi llamada.

— Eso está muy bien hecho, tio Fauvent.

— Reverenda madre, será menester una palanca á lo ménos de seis piés.

— ¿Dónde la tomará usted?

— Donde hay verjas, nunca faltan barras de hierro. Yo tengo mi gran depósito de hierro viejo en el fondo del jardín.

— Unos tres cuartos de hora ántes de las doce de la noche; cuidado que no lo eche usted en olvido.

— ¿Reverenda madre?

— ¿Qué?

— Si alguna vez ocurre que tenga usted que confiar tarea de esa especie, mi hermano sí que es fuerte. ¡Un turco!

— Hágalo usted lo más pronto posible.

— No soy yo muy atrevido para ir de prisa. Estoy achacoso; por eso necesitaria un auxiliar. Cojeo.

— Cojear no es una falta, y puede ser una bendicion. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio y restableció á Benito VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

— Es muy bueno eso de tener dos sobretodos, dijo entre dientes Fauchelevent, quien, en realidad, tenía el oído algo duro.

— Tío Fauvent, pienso que debemos tomar una hora entera. Y aún no será demasiado. Procure usted hallarse junto al altar mayor, con su barra de hierro, á las once en punto. El oficio comienza á las doce de la noche. Es preciso que todo haya concluido un buen cuarto de hora antes.

— Yo lo haré todo para probar mi zelo á la comunidad. Es cosa convenida. Clavaré el féretro. Á las once en punto, estaré en la capilla. Las madres sochantres se hallarán allí; y también la madre Ascension estará. Dos hombres, sería mucho mejor. ¡En fin, no importa! traeré mi palanca, Abriremos la bóveda, descenderemos el féretro, y en seguida volveremos á cerrarla. Despues de lo cual, ya no quedará huella de nada. El gobierno no sospechará nada absolutamente de lo que pasa. ¿Reverenda madre, todo queda así arreglado?

— No.

— ¿Pues qué hay todavía?

— Queda la caja vacía.

En esto hicieron una pausa. Fauchelevent cavilaba. La priora reflexionaba.

— ¿Tío Fauvent, que se hará con la caja de las pompas fúnebres?

— Se la hunde bajo tierra.

— ¿Vacía?

Otro momento de silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda esa especie de ademan que de ordinario sirve para descartar ó resolver una cuestion peliaguda.

— Reverenda madre, yo soy quien clavará la caja en la sala baja de la iglesia, puesto que nadie podrá entrar allí sino yo, y la cubriré con el paño mortuario.

— Sí, pero los conductores, al colocarla en el carro fú-

nebre, y al bajarla despues á la fosa, sentirán bien que nada hay dentro.

— ¡ Ah! di...! exclamó Fauchelevent.

La priora comenzó á hacer la señal de la cruz, y miró fijamente el jardinero. *Ablo* se le quedó atravesado en la garganta.

En seguida se apresuró á improvisar un expediente para hacer olvidar el juramento.

— Reverenda madre, echaré tierra en la caja, con lo cual parecerá que lleva dentro un cuerpo.

— Tiene usted razon. La tierra y las personas son una cosa misma. ¿ Así, usted arreglará la caja vacía?

— Ese es ya negocio que corre de mi cuenta.

El semblante de la priora, turbado y oscuro hasta entónces, recobró su habitual serenidad; é hizo la señal del superior que despide al inferior. Fauchelevent se dirigió hácia la puerta. Al tiempo en que iba á salir por ella, la priora, levantó suavemente la voz:

— Tío Fauvent, le dijo, estoy contenta de usted: mañana despues del entierro, tráigame usted á su hermano, y dígame que me traiga su niña.

## I

DONDE JUAN VALJEAN PARECE ENTERAMENTE HABER  
LEIDO A AUSTIN CASTILLEJO

Zancadas de cojo son como ojeadas de tuerto; ni unas ni otras llegan al objeto con gran presteza. Además, Fauchelevent se hallaba perplejo. Cerca de un cuarto de hora invirtió para volverse á la barraca del jardín. Coseta estaba ya despierta. Juan Valjean la había sentado junto á la lumbré. En el momento en que entró Fauchelevent, Juan Valjean la enseñaba la canasta del jardinero, que estaba colgada á la pared, y la decía :

— Escúchame bien, mi Coseta. Será preciso que nos vayamos de esta casa, pero volveremos despues á ella, y estaremos aquí perfectamente. El buen hombre de esta choza te llevará á cuestras dentro de esa canasta. Tú me esperarás en casa de una señora, adonde yo iré por ti. Sobre todo, si no quieres que la Thénardier se vuelva á apoderar de ti, es menester que obedezcas, y que no pronuncies ni una sola palabra.

Coseta hizo un signo de cabeza, con semblante grave. Al ruido que hizo Fauchelevent empujando la puerta, se volvió Juan Valjean.

— ¿ Y bien ?

Todo está arreglado, y nada lo está, dijo Fauchelevent. Tengo ya el permiso para hacerle á usted entrar ; pero ántes que usted entre, es necesario hacerle salir de aquí. En esto consiste el atolladero del carro. Por lo que es de la niña, es casa fácil.

— ¿ Usted se la llevará ?

— ¿ Y callará ella ?

— De eso, yo respondo.

— ¿ Pero y usted, tío Magdalena ?

Y despues de algunos momentos de silencio, mezclado con ansiedad, Fauchelevent exclamó :

— ¡ Salga usted, pues, por dónde entró !

Juan Valjean se limitó á contestarle, como la primera vez : — Imposible.

Hablándose más á sí mismo que á Juan Valjean, Fauchelevent refunfuñó :

— Hay otra cosa aún que me atormenta. He dicho que pondría tierra. Pero ahora pienso que la tierra allí dentro, en vez de un cuerpo, no se le parecerá nada, no ; á eso bien, se moverá, se trasladará de un lado á otro. Los hombres lo barruntarán. Ya usted comprende, tío Magdalena, el gobierno llegaría á saberlo.

Juan Valjean le observó entre ambos ojos, y creyó que estaba delirando.

Fauchelevent añadió :

— ¿ Cómo di... antres va usted á salir ? ¡ Es que se necesita que todo eso quede hecho mañana ! Mañana es cuando tengo yo que traerle á usted. La priora le espera.

Y entónces explico á Juan Valjean que esa gracia era una recompensa por cierto servicio que él, Fauchelevent,

prestaba á la comunidad. Que entraba en sus atribuciones el tomar parte en los entierros, tocándole á él la tarea de clavar el féretro y ayudar al sepulturero en el cementerio. Que la religiosa muerta aquella mañana habia pedido que la encerraran en el féretro que la servia de cama y la enterrasen en la bóveda bajo el altar mayor de la capilla. Que esto estaba prohibido por los reglamentos de policia, pero que se trataba de una de esas difuntas á quienes nada se rehusa. Que la priora y las madres vocales se proponian ejecutar las voluntades de la difunta. Que tanto peor para el gobierno. Que él, Fauchelevent, clavaría el féretro en la sala de difuntas, levantaria la piedra en la capilla, y descenderia la muerta á la bóveda. Y que, para mostrarle su agradecimiento, la priora admitia en la casa, en calidad de jardinero, á su hermano, para que le ayude, y que tambien admitia á su sobrinita, como colegiala. Que su hermano, era el señor Magdalena, y su sobrina, era Coseta. Que la priora le habia dicho que trajera á su hermano en la noche siguiente, despues del supuesto entierro del cementerio. Pero que él no podia traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba fuera. Que esta era la principal dificultad; y por último, que aún habia otra dificultad: la caja vacia.

— ¿Qué caja vacia es esa? preguntó Juan Valjean.

Fauchelevent contestó:

— La caja de la administracion.

— ¿Qué caja y qué administracion?

— Cuando muere una religiosa, viene el médico de la municipalidad y dice: hay una religiosa muerta. El gobierno no envía entónces una caja. Al dia siguiente, envía él tambien un carro fúnebre y sepultureros para que recojan la caja con el cuerpo y la lleven al cementerio. Los sepultureros vendrán y levantarán la caja; pero notarán desde luégo que no hay nada dentro.

— Pues ponga usted allí algo.

— ¿Un muerto? no tengo.

— No.

— ¿Pues qué?

— Un vivo.

— ¿Qué vivo?

— Yo, dijo Juan Valjean.

Fauchelevent, que se habia sentado, se levantó como si hubiera estallado un petardo debajo de su silla.

— ¡Usted!

— ¿Y por qué no?

Juan Valjean tuvo una de esas raras sonrisas que dejaba él ver á veces como un resplandor en un cielo de invierno.

— Usted recordará, Fauchelevent, que cuando me dijo: la madre Crucifixion ha muerto, añadí yo: y el tío Magdalena está enterrado. Será esto justamente.

— Ah, bueno, usted se rie, no está hablando con formalidad.

— Con mucha formalidad. ¿Es preciso salir de aquí?

— Sin duda.

— Yo le he dicho á usted que viera tambien de proporcionar para mí una canasta y un toldo.

— ¿Y bien?

— La canasta será de pino, y el toldo será una bayeta negra.

— Desde luégo, no es sino bayeta blanca; pues á las religiosas las entierran de blanco.

— Sea en buen hora bayeta blanca.

— Usted no es un hombre como los demas, tío Magdalena.

Ver tales imaginaciones, que no son otra cosa que las salvajes y temerarias invenciones del presidio, salir de las cosas apacibles que le rodeaban y mezclarse en lo que él llamaba el pequeño va-y-ven del convento, era para

Fauchelevant un estupor comparable al de un transeunte que viese una gaviota pescando en el arroyo de la calle Saint-Denis.

Juan Valjean prosiguió :

— Trátase de salir de aquí sin ser visto. Ese es un medio excelente. Pero, antetodo, infórmeme usted bien. ¿Cómo se practica eso, dónde está esa caja?

— ¿La que se halla vacía?

— Sí.

— Abajo, en lo que llaman la sala de difuntas. Está colocada sobre dos caballetes y bajo el paño mortuorio.

— ¿Cuál es el largo de la caja?

— Seis piés.

— ¿Qué es eso de la sala de difuntas?

— Es una pieza, en el piso bajo, que tiene su ventana con reja que da al jardín, la cual se cierra por de fuera, con una sola hoja de madera, y dos puertas; una que va al convento, y la otra que va á la iglesia.

— ¿Qué iglesia?

— La iglesia de la calle, la iglesia de todo el mundo.

— ¿Tiene usted las llaves de esas dos puertas?

— No. Tengo sí la llave de la puerta que comunica con el convento; el conserje es quien tiene la llave de la puerta que comunica con la iglesia.

— ¿Cuándo suele abrir el conserje esa puerta?

— Únicamente para dejar entrar á los enterradores que vienen á recoger la caja. Una vez que esta sale, vuelve á cerrarse aquella puerta.

— ¿Quién es quien clava la caja?

— Yo.

— ¿Y quién la cubre con el paño mortuorio?

— Yo también.

— ¿Y está usted solo para todo eso?

— Ningun otro hombre, excepto el médico de la poli-

cía, puede entrar en la sala de difuntas. Aún se halla así escrito y prevenido en la misma pared.

— ¿Podría usted, esta noche, cuando todo el mundo esté durmiendo en el convento, ocultarme en esa sala?

— No. Pero puedo ocultarle á usted en un pequeño retrete oscuro que da á la sala de difuntas, donde yo guardo mis utensilios de entierro, y cuya llave poseo.

— ¿Á qué hora vendrá mañana el carro fúnebre á recoger el féretro?

— Á eso de las tres de la tarde. El entierro se hace en el cementerio de Vaugirard, un poco ántes de anochecer. No es muy breve todo eso.

— Permaneceré escondido en su retrete de utensilios toda la noche y toda la mañana, ¿Y qué comeré? Tendré hambre.

— Yo le llevaré á usted algo.

— Usted podría ir á clavarme en la caja á las dos.

Fauchelevant retrocedió, se estalló las articulaciones de los dedos, y añadió :

— ¡ Pero sí eso es imposible !

— ¡ Vaya ! ¿ tomar un martillo y clavar unos clavos en una tabla ?

Lo que parecía inaudito á Fauchelevant, repetimos que era muy sencillo para Juan Valjean. Juan Valjean habia atravesado aún peores desfiladeros y escollos. Todo el que ha estado preso conoce el arte de encogerse y acomodarse al diámetro de las evasiones. El prisionero está sujeto á la fuga como el enfermo á la crisis que le salva ó que le pierde. Una evasión es una curación. ¿ Qué es lo que el enfermo no acepta con la esperanza de sanar ? Hacerse clavar y conducir en una caja como un fardo, vivir mucho tiempo encerrado en una caja, hallar aire donde no le hay, economizar su respiración horas enteras, saber ahogarse sin morir, todo esto constituía uno de los talentos sombríos de Juan Valjean.

Por lo demas, un féretro en el cual se halla enterrado

un sér viviente, esto que sólo parece ser expediente de ga-  
leote, es tambien expediente de emperador. Si hemos de  
dar crédito al monje Austin Castillejo, tal fué el medic  
que Cárlos-Quinto, queriendo volver á ver por la vez pos-  
trera á la Plombes, empleó para hacerla entrar en el mo-  
nasterio de Yuste, y para hacerla salir despues.

Fauchelevnet, un poco vuelto en sí mismo, exclamó :

— ¿ Pero cómo hará usted para respirar ?

— Yo respiraré.

— ¡ En aquella caja ! Sólo de pensarlo, me parece á mí  
ya que me estoy ahogando.

— Usted tiene sin duda una barrena, hará usted con  
ella algunos agujeritos, diseminados acá y allá al rededor  
de la boca, y clavará la tabla de encima sin ajustarla.

— ¡ Bueno ! ¿ y si le ocurre á usted toser ó estornudar ?

— El que se evade, ni tose ni estornuda.

Y Juan Valjean añadió :

— Tio Fauchelevnet, es preciso decidirse : ó que le co-  
jan á uno aquí, ó aceptar la salida en el carro fúnebre.

Todo el mundo ha observado el gusto que tienen los ga-  
tos por pararse y matar el tiempo entre los dos batientes de  
una puerta entreabierta. Quién es el que no ha dicho á un  
gato : ¡ Vamos, entra ! Hay hombres que en un incidente en-  
treabierto en su presencia, tienen así una tendencia á que-  
dar indecisos entre dos resoluciones, á riesgo de hacerse  
aplastar y aniquilar por el destino cerrando bruscamente  
la puerta. Los demasiado prudentes, con ser gatos y todo,  
y aún porquese son gatos, corren á veces mayores riesgos que  
los audaces. Fauchelevnet era una de estas naturalezas va-  
cillantes. Sin embargo, la grande serenidad de Juan Valjean  
trionfó de sus perplejidades á pesar suyo. Al fin refunfuñó :

— La verdad es que no existe más medio que ese.

Y Juan Valjean repuso :

— Lo único que me inquieta, es lo que pasará en el ce-  
menterio.

— Eso cabalmente es lo que á mí no me ofrece la menor  
dificultad, exclamó Fauchelevnet. Si usted está seguro de  
salir bien de la caja, yo respondo de sacarle á usted de la  
fosa. El sepulturero es un borracho, amigo mio, el tio Mes-  
tienne. Un viejo de antigua cepa. El sepulturero deposita  
los muertos en la fosa, y yo deposito alsepulturero en mi  
bolsillo. Lo que allí pasará, se lo voy á decir á usted. Se lle-  
gará un poco ántes de anochecer, tres cuartos de hora ántes  
de cerrar las verjas del cementerio. El carro fúnebre  
rodará hasta la fosa. Yo le seguiré, puesto que es de mí in-  
cumbencia. Llevaré en mi bolsillo un martillo, un escoplo y  
unas tenazas. El carro se detiene al llegar, los enterradores  
pasan un cordel al rededor de la caja y le bajan á usted. El  
cura dice las oraciones, hace la señal de la cruz, echa el agua  
bendita, y despues se va. Yo quedo allí solo con el tio Mes-  
tienne. Ya he dicho á usted que es amigo mio. Una de dos,  
ó estará él beodo, ó no lo estará. Si no está beodo, le diré :  
Ven á beber un trago miéntras que la esquina está aún  
abierta. Me le llevo, le hago tomar una mona, cosa que no  
será larga, pues el tio Mestienne no tarda en perder el seso,  
porquese encuentra él ya siempre algo amoscado, hago que  
se eche bajo la mesa, le tomo su tarjeta para volver á en-  
trar en el cementerio, y me voy sin él. Ya entónces no tiene  
usted que entenderse con nadie más que conmigo. Si está  
ya desde luégo borracho, le diré : Máchate. Yo voy á  
hacer tu tarea. Él se va : y yo le saco á usted del agujero.

Juan Valjean le alargó la mano, á la cual se precipitó  
Fauchelevnet con la tierna efusion propia de un pobre  
campesino.

— Es asunto convenido, tio Fauchelevnet. Todo irá bien.

— Con tal que nada se desarregle, dijo para sí Fauche-  
levnet. ¡ Y si esto tuviera aún un terrible desenlace !



V

NO BASTA SER BORRACHO PARA SER INMORTAL

Ai otro dia, al ponerse el sol, los raros transeuntes del boulevard del Maine se quitaban el sombrero al pasar un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado con calaveras, tibias y lágrimas. En aquel carro iba un féretro cubierto con un paño blanco sobre el cual se extendía una gran cruz negra, que se asemejaba á una muerta con los brazos colgando. Seguía un coche de luto donde se veía un sacerdote con sobrepelliz y un monaguillo con un casquete encarnado. Dos enterradores, con uniforme gris guarnecido de negro, marchaban á derecha é izquierda del carro fúnebre. Detras de todo iba cojeando un anciano, en traje de obrero. El cortejo se dirigia hácia el cementerio Vaugirard.

Del bolsillo del anciano veíase salir un martillo, la hoja de un escoplo en frio y la doble antena de un par de tenazas.

El cementerio Vaugirard formaba excepcion entre los

cementerios de París. Tenía él sus costumbres y usos particulares, á la manera que tambien tenía su puerta cochera y su puerta falsa, que los ancianos del barrio se obstinaban en llamar la puerta de los de á caballo y la puerta de los de á pié. Las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus habian obtenido, segun hemos dicho ya, el privilegio de ser allí enterradas en un rincon aparte, y de noche, por haber pertenecido aquel terreno en otro tiempo á su comunidad. Por consiguiente, como los sepultureros tenían de esta manera en aquel cementerio un servicio del anochecer en verano y de anochecho en invierno, estaban allí sometidos á una disciplina particular. En aquella época, las puertas de los cementerios de París se cerraban al ponerse el sol, y siendo esta una medida municipal, el cementerio Vaugirard estaba sujeto á ella como todos los otros. La puerta de los de á caballo y la de los de á pié, ó sea, la puerta principal y el postigo, eran dos verjas contiguas, con un pabellon al lado construido por el arquitecto Perronnet y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban pues inexorablemente sobre sus goznes en el instante en que el sol desaparecia tras de la cúpula de los Inválidos. Si á esa hora se hallaba algun sepulturero en el cementerio, sólo le quedaba un recurso para salir de allí, su carta ó tarjeta de sepulturero que recibia de la administracion de las pompas fúnebres. En la hoja de la ventana del conserje habian colocado una especie de buzón. El sepulturero depositaba su tarjeta en aquella caja, el conserje la oía caer, tiraba del cordón, y el postigo se abría. Si el sepulturero no llevaba consigo su tarjeta, declinaba su nombre, y el conserje, á veces acostado y áun dormido, se levantaba, iba á reconocer al sepulturero, y abría la puerta con la llave; el sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.

Con sus originalidades fuera de la regla, aquel ceme-

rio incommo'aba á la simetría administrativa. Poco despues de 1830 quedó al fin suprimido. El cementerio del Monte Parnaso, por otro nombre cementerio del Este le ha sucedido, y ha heredado aquella famosa taberna de medianía con el cementerio Vaugirard, que tenía por muestrasobre la puerta un membrillo pintado sobre una tabla y formaba esquina, por un lado, con las mesas de los bebedores, y por otro con las tumbas, llevando esta inscripcion en la muestra : *Aubon Coing*.

El cementerio Vaugirard era lo que pudiera llamarse un cementerio marchito. Ya iba cayendo en desuso. El moho le invadia y las flores le abandonaban. Las clases médias y acomodadas no querian que las enterrasen en Vaugirard, porque aquello tenía trazas de pobre. El Père-Lachaise, ¡ ya era otra cosa ! ser enterrado en el Père-Lachaise, es como tener muebles de caoba. Tambien en esto se reconoce la elegancia. El cementerio Vaugirard era un cercado venerable, plantado en el género de antiguo jardin frances. Rectas calles de árboles, bojés, tuyas, acebos, viejas tumbas bajo los tejos más vetustos aún, yerba muy crecida. Por la noche era trágico. Aquellas líneas tenían un aspecto muy sombrío y muy lúgubre.

Aún no se había puesto el sol cuando el carro mortuorio del paño blanco y la cruz negra entró en la avenida del cementerio Vaugirard. El hombre cojo que le seguía no era otro que Fauchelevant.

El enterramiento de la madre Crucifixion en la bóveda bajo el altar, la salida de Coseta, la introduccion de Juan Valjean en la sala de difuntas, todo se había ejecutado sin el menor obstáculo ni tropiezo.

Digámoslo de paso, la inhumacion de la monja bajo el altar del convento es, en nuestro juicio, una culpa enteramente venial. Una de esas faltas que se asemejan á un deber. Las religiosas le habían llevado á cabo, no sólo sin la

menor turbacion, sino con la aprobacion y aún el aplauso de su conciencia. En el claustro, lo que se llama « el gobierno » no es sino una inmixtion en la autoridad, inmixtion siempre discutible. Ante todo, la regla ; en cuanto al código, eso ya se verá. Hombres, haced cuántas leyes se os antojen, pero guardadlas para vosotros. El peaje á César nunca es sino un sobrante del peaje á Dios. Un príncipe no es nada, comparado con un principio.

Detras del carro fúnebre iba Fauchelevant cojeando, muy contento. Sus dos complots gemelos, uno con las religiosas, y el otro con el señor Magdalena, uno en pro del convento, y el otro en contra, habían marchado muy bien de frente. La serenidad de Juan Valjean era una de esas poderosas tranquilidades que se comunican. Fauchelevant no dudaba ya del éxito de sus empresas. Lo que aún quedaba por hacer no era nada. En los dos últimos años, había él emborrachado diez veces al sepulturero, el tío Mestienne, que era un buen hombre mofletudo y rechoncho. Reíase del tío Mestienne, de quien estaba seguro de poder hacer lo que quisiera. Cubriale él con su voluntad y con su antojo. La cabeza de Mestienne se adaptaba á la gorra de Fauchelevant. La seguridad del viejo jardinero era completa.

En el momento en que el fúnebre cortejo entró en la avenida que conduce al cementerio, Fauchelevant, satisfecho de sí mismo y dichoso, miró al carro mortuorio y se frotó sus manazas diciendo entre sí á média voz :

— ¡ Vaya una farsa !

De improviso se detuvo el carro ; habían llegado á la verja. Era menester exhibir el permiso de inhumacion. El hombre de las pompas fúnebres se abocó con el portero del cementerio. Durante este coloquio, que produce siempre una parada de un par de minutos, cierto individuo, un desconocido, vino á colocarse detras del carro fúnebre, al lado de Fauchelevant. Era una especie de obrero, que

llevaba una cnaqueta de anchos bolsillos, y una azada bajo el brazo.

Al ver á este desconocido, Fauchelevant se apresuró á preguntarle :

— ¿ Quién es usted ?

El hombre respondió :

— El sepulturero.

Si fuera posible sobrevivir á un balazo de cañon recibido en mitad de pecho, se pondria la cara que puso entónces Fauchelevant.

— ¡ El sepulturero !

— Sí.

— ¡ Usted !

— Yo.

— ¡ Pero si el sepulturero es el tio Mestienne !

— Lo era.

— ¿ Cómo, que lo era ?

— Porque ya no lo es : ha muerto.

Fauchelevant lo habria esperado todo, ménos esto, que un sepulturero pudiera morir. Y sin embargo era cierto ; hasta los sepultureros mueren. Á fuerza de abrir la fosa para los demas, acaban por abrir la suya.

Fauchelevant se quedó estupefacto, y con la boca abierta. Apénas pudo decir con voz balbuciente :

— ¡ Pero eso no es posible !

— Es positivo.

— Pero, repuso aún el viejo débilmente, el sepulturero es el tio Mestienne.

— Despues de Napoleon, Luis XVIII. Despues de Mestienne, Gribier. Buen aldeano, yo me llamo Gribier.

Pálido y desconcertado, Fauchelevant se puso á considerar á este Gribier.

Era un hombre alto, delgado, lívido, enteramente fúne-

bre. Tenía trazas de un antiguo aprendiz de médico, convertido en sepulturero.

Fauchelevant soltó entónces una carcajada.

— ¡ Ah ! qué cosas más raras suceden en el mundo ! ¿ con que el tio Mestienne ha muerto ? ¡ El abuelito Mestienne murió al fin, pero vive el abuelito Lenoir ! ¿ Usted sabe sin duda quién es el abuelito Lenoir ? Es el jarro del tinto á seis que está allí sobre el plomo. ¡ El jarro de Surène, voto al chápиро ! ¡ del verdadero Surène de Paris ! ¡ Ah ! con que se ha muerto el viejo Mestienne ! Lo siento mucho ; pues era un buen sugeto. Pero usted tambien es un buen sugeto. ¿ Verdad, camarada ? vamos á beber un trago juntos, en seguida.

El hombre respondió : — Yo he seguido estudios. Llegué al cuarto año. No bebo nunca.

El carro fúnebre habia vuelto á continuar su marcha, é iba rodando por la gran calle de árboles que estaba en medio del cementerio.

Fauchelevant se habia retrasado en el paso. Cojeaba ahora más de ansiedad que de enfermedad.

El sepulturero iba delante de él.

Otra vez volvió á examinar detenidamente Fauchelevant á aquel inesperado Gribier.

Era uno de esos hombres que, aunque jóvenes, tienen trazas de viejos, y que, con ser flacuchos, son sin embargo muy fuertes.

— ¡ Camarada ! gritó Fauchelevant.

El hombre se volvió.

— Yo soy el sepulturero del convento.

— Mi colega, dijo el hombre.

Fauchelevant, iliterato, pero muy sagaz, comprendió que tenía que habérselas con una especie de contrincante terrible, con un hábil parlanchin.

Y se puso á decirle entre dientes :